



S. AGUSTIN,
LA CIUDAD
DE DIOS.

XII.

BR65

.A64

E8

v. 12

1793

008016



1080014554

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

2204
A

LA CIUDAD DE DIOS

DEL GRAN PADRE

Y DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN AGUSTIN.

LA CIUDAD DE DIOS

DEL GRAN PADRE DE LA IGLESIA

SAN AGUSTIN.

TOMO III

MADRID, EN LA IMPRENTA DE...

BR 65

. A 64

E 8

V. 12

1793

LA CIUDAD DE DIOS
 DEL GRAN PABLO
 Y DOCTOR DE LA IGLESIA
 SAN AGUSTIN
 OBISPO DE HIPONA
 DIVIDIDA EN VEINTE Y DOS LIBROS
 TRADUCIDA DEL LATIN AL CASTELLANO
 Por el Doctor Don Juan de Mariana, Obispo de Oviedo,
 y Maestro de la Casa y Colegio de San Jeronimo
 de Madrid, Ocho de las Calles de los
 de la Corte.



FO. Y METERIO
 VALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

En este libro XXII, último de la Ciudad de Dios, trata San Agustin de la eterna bienaventuranza de la Ciudad de Dios, y la llama felicidad eterna, no porque ha de durar largo tiempo, sino porque no ha de tener fin, porque escrito está en el Evangelio: su reyno no tendrá fin. No consistirá la eternidad de la bienaventuranza en una continua sucesion de personas que mueren, y son reemplazadas por otras que nacen, sino en que todos los ciudadanos de aquella santa Ciudad serán inmortales, y porque en ella adquirirán los hombres lo que nunca los buenos ángeles perdiéron: el Dios omnipotente que la fundó, hará esta maravilla: así nos lo ha prometido,

008016

y para confirmar la verdad , tiene ya cumplidas otras muchas promesas que habia hecho.

Establece el Santo la eterna bienaventuranza , y como habia algunos á quienes parecia imposible que unos cuerpos de tierra permaneciesen en el cielo, les dice : „ que pues la tierra está llena „ de espíritus unidos á los cuerpos terrenos , por un modo admirable, bien „ podrá un cuerpo terrestre verse elevado entre los cuerpos celestes , si „ Dios así lo quiere : tambien apoya el „ Santo esta doctrina con la fe general „ de la Iglesia, en la que los doctos y „ los ignorantes creen que el cuerpo de „ Christo , aunque terreno, subió al cielo , y lo mismo ha de suceder á la „ carne de los que resuciten para la vida eterna.” El mismo Dios, añade, que nos aseguró que los cuerpos habian

de resucitar , predixo tambien , que el mundo lo habia de creer , y ambas cosas las profetizó mucho antes que ninguna de las dos sucediese. Una ya la vemos cumplida, esto es, que el mundo debia de creer la resurreccion de los cuerpos ; ¿por qué pues hemos de perder la esperanza de ver la otra, esto es, la efectiva resurreccion de los cuerpos, supuesto que no habia menos dificultad para ser creida la que ya ha sucedido?

Demuestra , que si se consideran los medios que Dios ha empleado para que el mundo abrazase la fe de la resurreccion , todavia parece mas increíble que la misma resurreccion ; porque los que predicaron esta fe fueron unos pocos hombres ignorantes , rústicos , sin la menor tintura de las bellas letras : que carecian absolutamente de Gramática, Dialéctica y Retórica , en una palabra,

unos pobres pescadores. Refiere lo que dice Ciceron de la falsa divinidad de Rómulo, y hace ver, que ni fue profetizada ni establecida despues con milagros como la de Jesu-Christo: que es verdad que nos dice la historia que creyeron que le habian recibido en el número de los Dioses; pero no citan prodigio alguno para justificar la verdad de esta apoteosis, siendo así que para que todo el mundo reconociese la divinidad de Jesu-Christo, se juntaron los milagros con las profecías. ¿Por qué no se hacen ahora, decian los incrédulos, los mismos milagros? Bien pudiera yo responder, dice San Agustin, que antes de que el mundo creyese eran necesarios para inclinarle á creer. Al presente todos los que piden prodigios para creer, son cada uno un grande prodigio, pues no cree quando toda la

tierra está creyendo, sobre lo qual hace San Agustin este dilema: ó los misterios del Christianismo propuestos por los Apóstoles en los primeros siglos de la Iglesia parecian en sí mismos creibles, ó parecian increíbles. Si parecian creibles á los filósofos que habian vivido en la idolatría, seguramente deberán parecer mas creibles á todos los que se han criado en la Religion Christiana. ¿Por qué pues no los habeis de creer el dia de hoy, quando ya estan explicados, exâminados y aprobados por los hombres mas sabios, y por los mayores ingenios? *Cur ergo Philosophis credentibus, iste infidelis non credat?* Si estos misterios y estas verdades no parecen por sí mismas creibles, luego es preciso que Dios los haya hecho creibles por algun otro camino, y este fue el de los milagros; de lo contrario se-

ria milagro , y muy grande milagro, que hubiese creído todo el mundo sin milagros una cosa que parecia increíble : *Quomodò credidisset , nisi rei , quæ non videbatur evidentè miracula fecissent fidem?*

Advierte el Santo , que se leían al pueblo los milagros segun se hallan en los sagrados libros para que los creyesen , y que no se les leerian si estas maravillas no hubieran sido creidas : añade , que todavia se hacian milagros en nombre de Jesu-Christo , así por los sacramentos , como por las oraciones , reliquias ó monumentos de sus Santos ; pero que no son tan célebres como los que se refieren en los sagrados libros : asegura como testigo ocular la curacion de un ciego por la virtud de las reliquias de los Santos Mártires de Milan : refiere otros milagros acaecidos en su tiempo,

y anteriormente por las reliquias de San Estebán , y afirma que si hubiera de numerar todos los prodigios obrados por Dios por la intercesion de sus Santos , era preciso ocupar muchos volúmenes.

Argüían los Paganos contra la resurrección de los cuerpos con el inconveniente que habria en que todos resucitasen en el mismo estado , y con los mismos defectos que tenían al morir , y con la imposibilidad de reunir todas las partes del cuerpo que estaban reducidas á polvo , ó dispersas por varias partes : les responde San Agustín : „ que los niños recibirán en un instante „ de la omnipotencia de Dios el incremento á que con el tiempo habian de „ llegar : que cada uno resucitará del tamaño correspondiente , ó del que habia tenido en su juventud : que los

„ dos sexôs resucitarán igualmente ; pe-
 „ ro que Dios quitará el vicio al cuer-
 „ po , que éste no tendrá defecto al-
 „ gūno quando resucite , supliendo el
 „ Criador lo que faltaba ; ó quitando lo
 „ que era superfluo .” Mas no quiere
 decidir si los bienaventurados han de
 ver á Dios con los ojos del cuerpo , por
 no hallar en la Escritura texto termi-
 nante sobre este asunto.

Todo lo que dice es , que Dios será
 para ellos tan conocido y tan sensible,
 que le verán con el espíritu dentro de
 sí mismos , en los otros , en sí mismo ,
 en el nuevo cielo , en la tierra nueva ,
 en una palabra , en todas las criaturas
 que haya entonces , y le verán tambien
 por el cuerpo en todo cuerpo hácia qual-
 quiera parte que vuelvan los ojos.

Sobre la felicidad de los bienaven-
 turados dice , que no la interrumpirá

mal alguno , que allí no habrá otra ocu-
 pacion que la de cantar las alabanzas
 de Dios , el qual será todas las cosas en
 todos : á la verdad , ¿ qué se habian de
 hacer en un lugar en donde no habrá
 pereza ni miseria ? Dichosos , dice el
 Profeta , los que habitan en vuestra casa ,
 Señor ! Estos os alabarán eternamente : to-
 das las partes de nuestro cuerpo , que
 ahora estan destinadas para ciertos usos
 de la vida , servirán para concurrir á las
 alabanzas de Dios . Esta armonía de nues-
 tro cuerpo , que ahora se nos oculta ,
 se descubrirá entonces á nuestros ojos
 con una infinidad de maravillas , y nos
 encenderá en santo fervor para alabar
 altamente á tan divino Artífice . El cuer-
 po se hallará inmediatamente en donde
 quiera el espíritu , y este no querrá na-
 da que no sea decente para sí y para los
 cuerpos : allí se hallará la verdadera glo-

ria, allí no habrá errores, ni lisonjas: allí se hallará la debida honra, porque allí no se negará á ninguno que la merezca, ni se dará al que no la haya merecido: allí se hallará la verdadera paz, pues no se permitirá cosa que sea contraria ni á sí mismo ni á los otros: el que es tutor de la virtud, será tambien su recompensa, porque nada hay mejor que él, y lo que nos tiene prometido: él será el fin de nuestros deseos, todos le amarán sin disgusto, y no se cansarán de alabarle: esta ocupacion, y así como la vida eterna, será comun á todos.

Aunque no sabemos que grado de gloria será el proporcionado al mérito de cada uno, no hay duda que estos grados serán diferentes: pero uno de los mayores bienes de aquella ciudad es el que ninguno tendrá envidia á los que vea superiores, así como ahora no tienen

envidia alguna los Angeles de la gloria de los Arcángeles. No debemos pensar que los bienaventurados carezcan del libre albedrio, porque no hallará placer en el pecado. Por el contrario, tanto mas libres serán, quanto mas distantes esten del placer de pecar, para resolverse invariablemente á no ofender á Dios en cosa alguna: y esta será una calidad que no tendrán por sí mismos, sino por beneficio de Dios: de este modo ni el hombre podrá perder su virtud, ni su felicidad: no por esto será menos libre, pues ninguno puede decir que Dios no es libre porque no puede pecar.

Ya el alma no se acordará de sus males pasados, no digo en quanto al conocimiento, que este le conservará, sino en quanto al sentimiento, porque los bienaventurados estarán exentos de todo mal: á la verdad, si no se acordasen de haber

sido miserables; y si no conociesen la miseria eterna de los condenados, cómo, según el Salmista, habian de cantar eternamente las misericordias de Dios. En aquella divina ciudad se cumplirán estas palabras; descansad, y reconoced que yo soy Dios (*Salmó 45.*), esto es, que gozarán de aquel grande Sábado que no tendrá noche, en el que Dios hará que descansemos en él.

Hemos concluido la exposicion de toda la doctrina contenida en esta admirable obra, sobre la qual hemos extractado las notas y comentarios correspondientes para su mas perfecta inteligencia; Dios quiera que de su lectura resulte la utilidad espiritual y temporal que apetecemos á todos nuestros próximos. Vale.

INDICE DE LOS CAPÍTULOS

CONTENIDOS EN ESTE TOMO XII.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

P	PRÓLOGO.	PAG. V
CAP. I.	<i>De la creacion de los ángeles y de los hombres.</i>	1
CAP. II.	<i>De la eterna é inmutable voluntad de Dios.</i>	8
CAP. III.	<i>De la promesa de la eterna bienaventuranza de los Santos, y de los eternos tormentos de los impíos.</i>	10
CAP. IV.	<i>Contra los sabios del mundo que piensan que los cuerpos humanos no pueden ser trasladados á las moradas del cielo.</i>	13
CAP. V.	<i>De la resurreccion de la carne, la qual algunos no creen creyéndolo todo el mundo.</i>	16
CAP. VI.	<i>Como Roma amando á su fun-</i>	

- dador Rómulo , le hizo Dios , y que la Iglesia creyendo en Christo, le amó. 23
- CAP. VII. Que fue virtud divina , y no persuasión humana , que el mundo creyese en Christo. 32
- CAP. VIII. De los milagros que se obraron para que el mundo creyese en Christo , y los que aún se continúan obrando , sin embargo de creer las gentes en el Señor. 35
- CAP. IX. Que todos los milagros que se hacen por los Mártires en nombre de Christo dan testimonio de aquella fe con que los Mártires creyeron en Christo. 75
- CAP. X. Quanto mas dignamente se reverencian los Mártires que por eso alcanzan que obre Dios muchos milagros , para que se dé el honor y reverencia á Dios verdadero , que no los demonios que hacen algunos para que los tengan por Dioses. 77

- CAP. XI. Contra los Platónicos , que por la gravedad natural de los elementos arguyen que el cuerpo terreno no puede estar en el cielo. 81
- CAP. XII. Contra las calumnias de los Infieles , con que se burlan de los Christianos porque creen la resurreccion de la carne. 90
- CAP. XIII. Si los abortos no pertenecen á la resurreccion , si pertenecen al número de los muertos. 96
- CAP. XIV. Si los niños han de resucitar en aquel hábito y disposicion de cuerpo que tuvieran quando hubieran crecido en edad. 97
- CAP. XV. Si al modo y tamaño del cuerpo del Señor han de resucitar los cuerpos de todos los muertos. 100
- CAP. XVI. Cómo se debe entender el hacerse conformes los Santos á la imagen del Hijo de Dios. 102
- CAP. XVII. Si los cuerpos de las mugeres muertas han de resucitar en

- su sexo, y permanecer así. 104
- CAP. XVIII. Del varon perfecto, esto es, de Christo y de su cuerpo, esto es, de la Iglesia, que es su plenitud. 108
- CAP. XIX. Que no ha de haber en la resurreccion vicio alguno en el cuerpo que en esta vida del hombre fuere contrario al decoro y hermosura, y que allá sin alterar ni mudar la substancia natural concurrirán en una hermosura la qualidad y cantidad. 113
- CAP. XX. Que en la resurreccion de los muertos, la naturaleza de los cuerpos, como quiera que estuvieren deshechos y disipados, se ha de revocar del todo enteramente de todas partes. 119
- CAP. XXI. De la novedad del cuerpo espiritual, en que se mudará la carne de los Santos. 125
- CAP. XXII. De las miserias y penalidades á que está sujeto el hombre por el mérito de la primera culpa, y

- como ninguno se escapa ni libra de ellos sino por la gracia de Christo. 129
- CAP. XXIII. De las cosas, que fuera de los males y trabajos que son comunes á los buenos y á los malos, especialmente pertenecen al trabajo de los justos. 141
- CAP. XXIV. De los bienes de que el Criador llenó tambien esta vida sujeta á la condenacion. 145
- CAP. XXV. De la pertinacia de algunos, que á la resurreccion de la carne, que como queda dicho, la cree todo el mundo, la contradicen. 164
- CAP. XXVI. Como la definicion de Porfirio, en que le parece que á las almas bienaventuradas les conviene huir de todo lo que es cuerpo, queda destruida con la sentencia y dictámen del mismo Platon, que dice que el Dios Sumo prometió á los Dioses que jamas se despojarian de los cuerpos. 168

CAP. XXVII. *De las definiciones contrarias de Platon y de Porfirio, en las quales si ambos cedieran el uno al otro, ninguno se apartará de la verdad.* 172

CAP. XXVIII. *Qué es lo que Platon, Labeon, ó tambien Varron, pudieron contribuir para la verdadera fe de la resurrección, quando sus opiniones conviniere en un dictamen y sentir.* 175

CAP. XXIX. *De la calidad de la vision con que en el futuro siglo verán los Santos á Dios.* 179

CAP. XXX. *De la eterna felicidad y bienaventuranza de la Ciudad de Dios, y del Sábado y descanso perpetuo.* 197

NOTAS DEL TRADUCTOR. 211

SUMARIO POR ORDEN DE CAPITULOS. 233



LIBRO VIGESIMOSECUNDO.

CAPÍTULO I.

De la creacion de los ángeles y de los hombres.

En este libro, que será el último de esta obra, segun lo prometí en el anterior, trataremos de la eterna bienaventuranza de la Ciudad de Dios: la qual no por los dilatados siglos que al fin alguna vez hayan de terminarse se llamó eterna, antes sí, como dice el Evangelio (a), "su Rey- no no tendrá fin;" ni tampoco porque muriendo y faltando unos, naciendo y sucediéndose otros, haya en ella una apariencia de perpetuidad; así como un árbol que está siempre verde parece que per-

(a) S. Lucas cap. I.